

ALGUIEN TIENE QUE DEVOLVERNOS LA CONFIANZA EN EL ESFUERZO Y EN EL TRABAJO BIEN HECHO

Por Juan Díez Nicolás

El problema del paro no es sólo económico, sino fundamentalmente social y afecta a toda la población de forma directa o indirecta. Es hora de que alguien nos diga a todos los españoles, aunque ello sea impopular, que hay que trabajar más y sobre todo mejor, subraya en este artículo el catedrático de Sociología Juan Díez Nicolás. Añade que alguien tiene que hablar claro a los españoles, a los trabajadores y también a los empresarios. Alguien tiene que devolvernos la confianza en el esfuerzo y en el trabajo bien hecho

Desde que se produjo la primera crisis del petróleo en 1973, el problema del paro, junto con la inflación, se ha convertido en uno de los problemas sociales, y no sólo económicos, más importante de las sociedades industriales avanzadas. Innecesario es decir que, si en estas sociedades se ha sentido

ese problema, en las sociedades menos desarrolladas el paro ha sido y es, y por desgracia parece que seguirá siendo, mucho mayor. Y, de la misma forma, no todas las sociedades industriales avanzadas han padecido el paro con la misma intensidad.

En el caso de España, parece que el crecimiento del paro, hasta niveles más altos que en la mayoría de los países de la CEE, debe atribuirse, aparte de a los factores comunes, a los economías desarrolladas (especialmente el encarecimiento de la energía y la mayor competitividad en los mercados internacionales, por la aparición de nuevos países industrializados), a otros factores endógenos. Entre ellos cabe citar la disminución de la emigración, que fue una válvula de escape a los excedentes de población potencialmente activa durante las décadas de los años sesenta y, en menor medida, de los años setenta. Es posible que la transición política, de manera indirecta, haya tenido consecuencias no deseadas para la economía, en el sentido de que, para evitar entorpecer ese proceso, dejaran de adoptarse medidas macroeconómicas que hubieran debido adoptarse en su momento. Y, de manera similar, los cambios que se produjeron en las relaciones laborales, como parte del proceso de cambio político y social, posiblemente no estuvieran suficientemente armonizadas con las necesidades de la economía española. En cualquier caso, y sean cuales fueren las razones, es evidente que el proceso de cambio político requería todos los esfuerzos, y a él se superditaron muchas otras cuestiones.

Pero la realidad con que nos enfrentamos ahora puede resumirse en algunos tramos que, por una parte, están necesariamente simplificados, y por otra no pretenden ser exhaustivos.

El paro en España sigue siendo alto en comparación con otros países de la CEE, y además parece estar creciendo otra vez desde hace meses, sin que se vean perspectivas optimistas a corto plazo. Y ese paro afecta, más que proporcionalmente, a los jóvenes; es decir, a los que buscan su primer empleo.

Desde una perspectiva sociológica, la falta de empleo para los jóvenes provoca una serie de problemas sociales que no se pueden desconocer. Así, la falta de empleo impide la independencia económica, la posibilidad de emanciparse, por lo que los jóvenes permanecen en el hogar familiar en proporciones, y hasta edades, muy por encima de otros países de la CEE. Esta prolongación de la «minoría de edad» económica y social tiene a su vez diversas repercusiones sobre los diferentes actores del drama. Supone unas cargas suplementarias a las familias, pues el padre, o la madre, o los padres, tienen que seguir obteniendo ingresos para mantener a hijos adultos con necesidades de adultos. Provoca en los jóvenes una sensación de «frustra-

ción» por tener que continuar dependiendo económicamente, y por tanto también en otros aspectos, de las familias. Además, provoca en los jóvenes cierta actitud y comportamientos de «irresponsabilidad», pues la dependencia económica de las familias les alienta a sentirse y comportarse todavía como «hijos», como individuos que no han asumido aún la responsabilidad de su propia vida. Y, por otra parte, al impedirles el acceso a un trabajo, los jóvenes no adquieren destreza laboral y, lo que es peor, puede que progresivamente vayan perdiendo la que adquirieron en su proceso de educación-formación, de manera que, cuanto más tiempo se encuentran en esa situación de paro, menos capacitados estarán para obtener empleos cualificados. A no ser que continúen su proceso de educación-formación, lo que implica nuevas cargas económicas sobre las familias. Esta situación, descrita tan simplificada, explica que, por una parte, existan altas tasas de paro y, simultáneamente, pocas personas cualificadas cuando existe alguna oferta de trabajo.

Pero los problemas, con ser graves para las familias y para los propios jóvenes, no acaban aquí. Pues jóvenes que al tiempo son ya adultos, sin trabajo, con menos recursos económicos que si fueran ya independientes, y frustrados, constituyen un grupo social potencialmente conflictivo, sobre todo en sociedades como la española que están viviendo la «neura» del consumo y de la «movida». Es decir, sociedades que alientan el hedonismo en una medida (por su extensión a todos los sectores sociales) desconocida hasta ahora.

En efecto, la sociedad española actual valora de manera especial, como otras occidentales y desarrolladas, la juventud, la belleza y la «buena vida». Nunca como ahora ha sido tan cierta la conocida frase de: «Comamos, bebamos y disfrutemos... que mañana moriremos.» Se vive al día, pero se pide a los jóvenes que tengan paciencia y esperen. Se hace a los jóvenes mayores de edad a edades más tempranas, pero simultáneamente se les mantiene en minoría de edad hasta edades cada vez más avanzadas.

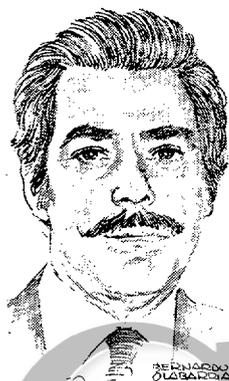
Pero el problema del paro no sólo afecta a los jóvenes, sino también a los adultos. Los cambios en la economía española provocados en parte por una situación internacional muy cambiante, en parte por los ajustes derivados de la creciente unificación económica europea, y en parte por la escasa experiencia del empresariado español para competir en los mercados internacionales, están provocando auténticos «terremotos» en la estructura empresarial, lo que provoca a su vez in-

seguridad en el empleo. Las inversiones extranjeras en España, como suele suceder con todo, tienen sus consecuencias positivas y otras que son más bien negativas. Entre estas últimas hay que mencionar que la posibilidad de las empresas es aún más «anónima», y sobre todo más «distante», por lo que las relaciones laborales son, cuando menos, distintas a las tradicionales. La internacionalización de la economía tiene también efectos no siempre deseables sobre las relaciones laborales, que en el mejor de los casos pueden considerarse como más «despersonalizadas».

Los sindicatos, posiblemente con sus mejores intenciones, como hay que suponer también en los empresarios, parecen estar muy ocupados en defender los derechos y condiciones de trabajo de los que están ocupados, pero no tanto de los que carecen de empleo.

Parece haber bastante coincidencia en sectores de expertos, dentro y fuera de España, que afirman que el empresariado español se siente poco motivado a invertir, por razones de rigideces en la contratación laboral, por las altas tasas de cotización a la Seguridad Social y por la carestía de los créditos y otras presiones fiscales. Puede que los empresarios tengan razón o no, pero lo cierto es que si no hay inversión privada no hay empresas, y por tanto no habrá empleo. Y si no hay suficiente empleo en el sector privado tendrá que ofrecerlo el público, y no parece que ése sea el camino previsto.

En conclusión, el problema del paro no es sólo económico, sino fundamentalmente social, y no afecta sólo a los jóvenes, sino a toda la población (de forma directa o indirecta). Todos los estudios demuestran que en la competición con Europa no vamos a entrar en las mejores condiciones de capacidad competitiva, ni empresarial ni profesionalmente. Por ello, la situación de incertidumbre en el futuro está creciendo, lo que es grave para la sociedad en su conjunto. Sin dramatismos, pero con realismo, debemos reconocer que es hora de que alguien nos diga a todos los españoles, aunque ello sea impopular, que hay que trabajar más y, sobre todo, mejor para estar preparados para la confrontación con nuestros colegas europeos. Personalmente no estoy contra las «movidas» y la diversión. Pero es evidente que ése no es el mejor camino para afrontar los problemas que nos esperan, y que inevitablemente llegarán. Alguien tiene que hablar claro a los españoles, a los empresarios y a los trabajadores, a los jóvenes y a los que no lo son. Alguien tiene que devolvernos la confianza en el esfuerzo y en el trabajo bien hecho. Y como no creo en líderes salvadores y carismáticos, ese alguien tiene que ser cada uno de nosotros, incluidos, por supuesto, quienes por sus responsabilidades públicas tienen mayor obligación de hacerlo. No hagamos bueno el dicho de que «no hay situación, por mala que sea, que no pueda empeorar todavía un poco».



Juan Díez Nicolás
Catedrático de Sociología de
la Universidad Complutense